

Anexo Tres

Adoración

«Miren cómo crecen los lirios: no trabajan ni hilan. Sin embargo, les digo que ni siquiera el rey Salomón, con todo su lujo, se vestía como uno de ellos. Pues si Dios viste así a la hierba, que hoy está en el campo y mañana se quema en el horno, ¡cuánto más habrá de vestirlos a ustedes, gente falta de fe! Por tanto, no anden afligidos, buscando qué comer y qué beber. Porque todas estas cosas son las que preocupan a la gente del mundo, pero ustedes tienen un Padre que ya sabe que las necesitan. Ustedes pongan su atención en el reino de Dios, y recibirán también estas cosas» (Lc 12, 27-31)

Adoración es santificar el tiempo



Nuestra cultura, tan fuertemente marcada por los horarios, las agendas y los compromisos, se ha desconectado de la adoración como actitud interior de apertura a la trascendencia. Esta desconexión ha vuelto muy pragmático nuestro quehacer cotidiano, nuestros vínculos, y todo lo que hacemos. Nos ha vuelto insensibles a la belleza. La superficialidad, como resultado del pragmatismo que vivimos, nos ha quitado profundidad.

Podemos preguntarnos sin vergüenza alguna, **¿cómo puede la adoración ser una actitud que nos permita vivir una vida buena y más plena?**

La adoración es una invitación y, al mismo tiempo, la oportunidad para **«ser»**. Ella abre la posibilidad a que el Señor habite nuestra existencia y llene la vida de sentido, con un significado renovado. Nos permite acceder a una comprensión distinta de las vivencias de cada momento.

«La adoración significa que permito que algo sea grande. Hoy tenemos más bien la tendencia a hacer todo pequeño para sentirnos nosotros más grandes. No queremos aceptar nada mayor sobre nosotros.»

Ante la fuerte tendencia de vivir en la superficialidad que ha logrado instaurar el pragmatismo en la vida actual, la actitud de adoración enseña a santificar el tiempo. Ofrece la posibilidad de descubrir la belleza que existe en las cosas, las personas y los acontecimientos. Cada momento está cargado de significado. Hay un llamado particular. Y es a partir de una especial sensibilización interior como nos hacemos consciente de esa Voz que resuena en lo que existe y permite que nuestra mirada sobre lo que existe penetre la corteza de la realidad para llegar más, más, hondamente y conectar con Aquel que es creador de todas las cosas y el Alfarero de la humanidad.

Nuestra vida, cuando está atravesada por la actitud de adoración, deja de ser un lienzo en el que garabateamos nuestras conclusiones sobre la propia vida e historia, para dar lugar a la luz del Señor, que nos ayude a comprender el entramado de los hilos con los que se teje la historia. Cuando reconocemos que nuestras percepciones tienen un límite temporal, hacemos espacio a la adoración, a la contemplación, a vincularnos con Aquel que nos trasciende.

Adoración es estar libre de mi

La adoración exige humildad, abajamiento, postración. Es una actitud primordial a la que nos resistimos muchas veces porque nos gusta ir por la vida creyendo que somos dueños y origen de todo. Queremos decidir, sobre todo. Debemos tener cuidado de no creer que la adoración es una especie de artificio para pedir u obtener algo del Creador. A Él no lo controlamos. La adoración no tiene este propósito, ni buscamos jugar a la "pulseada" con su voluntad. En la adoración nos postramos ante Dios porque Dios es el Señor. Tampoco necesitamos buscar nada



"especial" a través de la adoración, ni bellos sentimientos, ni serenidad, ni calma. En la adoración no hablo de mi o sobre mis problemas. Simplemente, me postro ante Aquél que me crea porque Él es mi Señor, Él es mi Creador. Durante la adoración dejo **«de dar vueltas en torno a mí y a mis problemas e intento mirar solamente al Señor mi Dios. Me olvido de mí mismo, porque Él me ha absorbido por completo, porque solo Él es importante para mí.»**

Lo maravilloso de la actitud de adoración es que, al olvidarme de mi mismo, me sitúo ante Dios, plenamente presente, totalmente auténtico, totalmente yo mismo. No me ocupo de ningún problema ni de ninguna persona. Dejo que Dios me llene plenamente, me inunde y me habite. **«En la adoración se**

esconde también un profundo anhelo: ser por fin libre de mí mismo, libre de las constantes vueltas a mi alrededor, del afán de relacionarlo todo conmigo, de querer tener algo para mí en todas partes. Al olvidarme a mí mismo, soy completamente libre, Dios me absorbe por entero. Mis problemas ya no son importantes, ni mi culpa, ni mi estado psíquico. Solo Él cuenta.»

Aceptarse a sí mismo es una gracia maravillosa, pero poder olvidarse de sí mismo, es la gracia de las gracias. Al olvidarme de mí mismo, me libero de todo para que el Creador me habite.

Adoración es relación exclusiva con Dios.



La actitud de adoración nos pone en una relación directa con Dios, con su obra, con su trascendencia y a la vez con su cercanía y presencia constante. Ante una puesta de sol, por ejemplo, me olvido de mí mismo porque me dedico a contemplar. Uno se siente tan atrapado por esa belleza, conmovido, absorbido por sus colores que llega al olvido de sí mismo.

También nos hace bien dejar de ser un poco **«referencia»** de todo para prestar atención a Dios y a los demás. Existe un antiguo anhelo en

nuestro interior de olvidarnos por una vez de nosotros mismos, simplemente, y postrarnos ante algo mayor que nosotros; de dejarnos conmover completamente por Dios, por la belleza de la creación, de una imagen, de un concierto... Adoración significa inclinarse ante algo mayor. Y este algo mayor no solo lo encontramos en Dios, sino en todo lo que es bello y verdadero y bueno.»

Cuando dejamos que algo realmente nos conmueva, en lo más profundo del ser, nos olvidamos de girar sobre nosotros mismos. Simplemente, estamos ahí. Y esa realidad, presencia, o acontecimiento, que entrevemos a través de la actitud de adoración, es, en última instancia, una relación profunda con Dios. **«Simplemente, estoy ahí. Eso significa la adoración: simplemente, estar frente a Dios y en Dios, pero en la actitud de postración, de devoción, que no piensa en nada más que en lo que observa.»**

La adoración eucaristía, ayuda que se desvanezcan las preocupaciones y problemas que me afligen. Si logro olvidarme de mí, alcanzo la calma. Se detiene el vaivén de los pensamientos y sentimientos. Cuando dejamos de girar en torno al ombligo al final llegamos donde siempre deseamos estar; en la presencia de Dios. Es como sentirse en casa al final de una larga jornada. **«La adoración es la experiencia de sentirse en**

casa. Cuando nos postramos frente al misterio de Dios, hemos llegado realmente. Entonces, nuestra alma se tranquiliza, notamos que nuestro anhelo más profundo se ha cumplido, que finalmente hemos encontrado algo frente a lo que podemos inclinarnos. Y es que el hombre busca durante toda su vida aquello que une todas sus fuerzas y satisface todos sus anhelos y necesidades.»

Adoramos con todo el cuerpo



Cuando adoramos a Dios nos inclinamos, nos ponemos de rodillas o nos sentamos frente a Él, ofreciéndole el alma y las manos abiertas. «La adoración significa que estoy completamente enfocado hacia Dios, que ya no hay ningún espacio privado en mí al que me retiro para ensimismarme y soñar despierto.» Hay cristianos que rezan con el corazón cerrado y aprisionan el alma en sus cavilaciones y preocupaciones. Reducen su vida y oraciones a sus propios pensamientos, peticiones, reclamos, etc. **«El encuentro con Dios en la adoración pretende**

abrir todos los espacios cerrados en mí y dejar que entre la amorosa y vivificante mirada de Dios.

La adoración no parece ser ninguna actitud que podría cambiar el mundo. Y, aun así, precisamente la adoración, en la que me olvido de mí mismo, es el lugar en el que puedo observar el mundo con otros ojos. Esto se vuelve evidente en la adoración eucarística, tal y como se practica en la tradición cristiana. Contemplamos la hostia, el pan transformado en el que vemos al propio Cristo. Al contemplar la hostia, observamos el mundo entero con nuevos ojos. Todo él está impregnado por Cristo.

La adoración como gesto primitivo del hombre no solo caracteriza nuestra relación con Dios, sino también nuestra relación con nosotros mismos, con las personas y con el mundo. Es también la actitud de dejar ser. Dejo a Dios ser Dios, al hombre, hombre, y a la naturaleza, naturaleza. Desisto de valorar o cambiarlo todo. Dejando ser al hombre tal como es, le permito crecer, convertirse en lo que es por naturaleza. Dejando ser a la naturaleza, le permito florecer y convertirse en una bendición para mí. Así, la adoración es una actitud que precisamente hoy, en un momento en que explotamos y entregamos todo a la tiranía del dinero, nos hace mucha falta. La adoración es la actitud de la liberación interior de nosotros mismos y de nuestra codicia de querer usarlo todo para nosotros. Si en esta actitud de libertad salimos al encuentro de la gente y de la creación, no solo la viviremos de otra manera. Experimentaremos también que todo florece a nuestro alrededor.»